

EL TREN

Tenemos miedo de morir, ¡somos tan jóvenes!
Los niños esperan en la estación cansados.
Ellas se frotan las arrugas con las manos.
Ellos, los miembros.

Entre los dedos las mejillas hacen grietas.
Crecen sin paciencia las uñas, los cabellos.
Oyen sus pálpitos, la sangre, y se comparten
medicamentos.

Horas centrífugas se ahuecan y reabsorben.
Los rieles son bordes de un gran reloj, presienten.
Un mal augurio: en la estación nadie las nombra,
se están durmiendo.

Al parpadeo de los cristales encanecen.
Llevan entreabiertos los labios, jalan aire.
¡Cuánta esperanza confundida con la espera
las va nutriendo!

La vida habrá de comenzar cuando lleguemos,
canta la más triste, que sueña en ver el mar.
Llevo las ansias entumidas, gime otra,
bajo el asiento.

Como si todo ya vivido en el principio
de este siglo hubiéramos, ¡qué melancolía!
nunca llegar desprevenida al primer hijo,
ni al primer beso.

La Extraña toca en ventanillas, las asusta.
Ellos se protegen del frío en agujeros.
Tras la persiana, "no le abras", ellas rezan
a dioses muertos.

En la estación los niños duermen para siempre.
Flácido el dolor que nos crece a ras del pecho.
Contra el cristal se les agranda la cabeza.
Igual que fetos.

Tenemos miedo de nacer, ¡somos tan viejas!